

en el Magreb presentaban cada día aspecto más amenazador, Abderrahman no perdió tiempo para introducir una guarnición en Ceuta, que desalojó de allí a los edrisitas. Ibn Abi'l Afiya no tenía motivo alguno de adhesión personal hacia los fatimitas; el poderoso monarca de España, que a todo momento podía desembarcar en Ceuta un fuerte ejército, le inspiraba mayor respeto que el Mahdi, que residía a unas doscientas millas de Fez; declaróse, pues, en 319 (931), vasallo del omniada. Ciertamente sufrió una derrota a manos del lugarteniente de Tahert y tuvo que evacuar momentáneamente a Fez (321 = 933); pero el ejército victorioso salió demasiado pronto del Magreb, y ya en 322 (935) volvemos a encontrar a Ibn Abi'l Afiya como señor del Occidente. Estos sucesos no eran bastantes para infundir serios cuidados en la corte de Mahdiya, pero con la muerte de Obeidallah las cosas tomaron otro aspecto.

En la noche del 14 de Rabí I de 322 (34 de marzo de 934) exhaló el último suspiro el hombre que de jefe de una secta secreta supo elevarse a soberano de un gran Estado. Por caminos tortuosos y valiéndose de los medios más reprobables alcanzó tan encumbrado puesto, y luego, fuerza es reconocerlo, supo sostenerse hábilmente en aquella vertiginosa altura merced a su talento, energía y perfidia; pero era cuestionable si el Estado que había creado sobreviviría a su fundador pues aunque suele ser seguro el cálculo basado en la imbecilidad y superstición de los hombres, el que aspira a encontrar en este mundo las huellas de una ordenación superior no deja de observar que a veces semejante cálculo resulta fallido. Obeidallah había logrado sus triunfos como Mahdi, esto es, como el salvador que estaba llamado a acabar con los impíos y a fundar el reino de Dios en la tierra. Mientras vivió, y como Mahdi no tenía por qué morir, podía creerse verosímilmente en el porvenir de semejante misión, pero a la sazón muerto estaba el que se había presentado con tales pretensiones sin haberlas justificado.

Con el tiempo procuraron justificarse los fatimitas por medio de una gradual transformación del dogma, según la cual el último *nabí*, el verdadero Mahdi, debía venir todavía; pero no era de extrañar en los primeros momentos que ya en el mismo año 322 (934) apareciese un «falso» Mahdi en Trípoli, y que en 323 (935), cuando acababa de salir la segunda expedición contra Génova, independientemente de Ibn Abi'l Afiya, se encontrase también Tahert en abierta rebelión. *El-Kaim bi-emrillah*, «el que sigue por orden de Dios», se apellidó Abu'l-Kasim, hijo y sucesor de Obeidallah; era natural que los competidores de los abasidas tuvieran también, como éstos, dictados especiales, y si se entiende *El-Kaim* en su significación primitiva, «el que se tiene en pie», no pudo estar mejor aplicado entonces el nombre, porque en verdad fué la firmeza ó constancia de este bravo y tenaz guerrero, aunque no siempre feliz (reinó 322 - 334 = 934 - 946), la que salvó al califato africano. En un principio no tenía la situación aspecto tan grave. Si bien Meisur, general del Kaim, tuvo sitiado en vano a Ibn Abi'l Afiya en Fez, en 323 (935), logró en 324 (936), mediante hábiles negociaciones, ajustar con los habitantes de esta importante ciudad un convenio amistoso, en virtud del cual abandonaron a aquel caudillo. Con las fuerzas que le quedaban no pudo Ibn Abi'l Afiya disputar la victoria a Meisur, viéndose obligado después de la derrota a huir al desierto pasando el Atlas. Después procuró secretamente soliviantar varias poblaciones contra los fatimitas, pero murió en el año 327 (939). Con buen acierto fueron concedidas sus posesiones a los edrisitas (325 = 937), que todavía tenían muchos adictos y estaban enemistados con los omniadas desde la ocupación de Ceuta por tropas de éstos. A su regreso de

Fez sometió Meisur también a Tahert (324 = 936), y tan tranquilo se encontró El-Kaim respecto de la adhesión de los bereberes que el mismo año mandó emprender una tercera campaña contra Egipto a su liberto Seidan. Allí parecía en verdad que las circunstancias eran favorables para un rápido triunfo. Las continuas convulsiones de las guerras de los karmatas y el desastroso desgobierno del emirato habían llevado al borde del abismo del califato del desdichado Muktadir. Mohammed, hijo de Togdsch, acababa de conseguir, después de mucho bregar, la lugartenencia de la Siria y del Egipto, pero era hombre muy distinto de sus antecesores. Seidan logró al principio ocupar a Alejandría, pero muy pronto se vio obligado por su hábil adversario a evacuarla y emprender la retirada. Kaim decidió entonces enviar mayores fuerzas contra Mohammed el Ichschid, como se le llamó desde el año 327 (939); mas por fortuna suya no habían marchado todavía cuando estalló de improviso la tormenta que desde tiempo se preparaba silenciosamente. Abu Yezid Mahlad era un hombre de los Senata que, como muchos otros bereberes, profesaba las antiguas doctrinas jaridschitas. Ya en tiempo de Obeidallah había predicado contra el Mahdi en las comarcas montañosas de difícil acceso del Auras, donde habitaban todavía muchos jaridschitas, y con creciente éxito desde que la muerte de aquel parecía confirmar su mala opinión de él. Fué favorable que en 325 (937) estallase en la Sicilia una rebelión contra el arbitrario y bárbaro lugarteniente Salim Ibn Raschid, que solo después de tres años de encarnizada lucha logró ahogar en sangre Jalid Ibn Isjak, enviado allí por Kaim (329 = 940), y poco después ya estaba madura la conspiración en Africa. En el año 332 (944) salió Abu Yezid, con las tribus del Auras, de aquellos montes, y sus gentes, en todas partes engrosadas con bereberes descontentos ó engañados, se despararon por las comarcas orientales. El «hombre del asno», como le llamaban a causa de su montura, tenía ya entonces 60 años de edad, y su larga y avanzada vida de conspirador le había convertido en un terrible fanático cuyos bárbaros mandatos eran cumplidos con exageración por los salvajes kabilas.

Marchó directamente hacia la residencia del califa, apoderándose en el camino de El-Urbus (1), Bedscha y Túnez que fueron devastadas, después de cometer todo género de atrocidades con los habitantes; un descalabro que sufrió en una acción con las tropas del califa no produjo más efecto que hacerle torcer hacia el Sur, y entonces (333 = 944) fueron tratadas con igual barbarie Rakkada y Keirowan. Luego derrotó y mató a Meisur, que le había hecho frente entre Rakkada y Mahdiya; tomó a Susa, donde se repitieron en mayor furia los desafueros cometidos ya en otros puntos, y puso, por último, sitio al mismo Kaim en Mahdiya. Casi un año duró el cerco de la ciudad, que el califa y la guarnición kitama defendieron con gran entereza contra los más furiosos ataques, mientras que sus emisarios durante largo tiempo solicitaron en vano el auxilio de los Kitama que todavía permanecían en el Sab y de los Sanhadscha, que moraban en parte de lo que es hoy Argel. Probablemente la muerte del Mahdi había debilitado la fe de estas tribus; mas, al fin, decidieron los Kitama a ponerse en marcha. Fueron derrotados cerca de Constantina; pero en cambio Siri, caudillo de los Sanhadscha, logró introducir un convoy de provisiones en Mahdiya. Esto salvó la ciudad. Ya no quedaba que robar en aquellas inmediaciones; todo había desaparecido, y cada día escaseaban más los víveres, de modo que los sitia-

(1) Corrupción del *Laribus* de los antiguos, que a su vez es de origen fenicio.

dores ya estaban hastiados de sitio. Además Abu Yezid se había vuelto arrogante, y empezó a malquistarse con los bereberes; y así pronto le fueron abandonando una tribu tras otra, y a principios de 334 (945) tuvo que levantar el sitio. No por eso terminó la rebelión; Abu Yezid cambió su modo de proceder con los bereberes, y nuevos refuerzos le permitieron tomar otra vez la ofensiva. Habíase desaprovechado, sin embargo, el momento decisivo; cierto que un ejército kitama procedente del Oeste sufrió una nueva derrota, pero las tropas del califa empezaban ya a ganar poco a poco terreno. Haciendo un último esfuerzo cayó otra vez el rebelde sobre Susa, de cuya defensa se encargó entonces el mismo Kaim. Mientras duraba el sitio falleció este califa, el día 13 de Schawwal de 334 (18 de marzo de 946), teniendo no más que 54 ó 55 años de edad, pero aniquilado por las terribles penalidades del último año. Abu Tahir Isma'il, su hijo y sucesor (334-341 = 946-953), unía a gran capacidad militar y energía, un carácter humano, asaz raro en su familia, y estas cualidades le habilitaban excepcionalmente para poner término a tan desastrosa guerra civil. Ocultó en primer lugar la muerte de su padre, por si acaso la noticia de ella podía influir en la actitud de las tropas, y luego en una brillante salida infligió tan terrible derrota a Abu Yezid que éste se vio obligado a emprender a toda prisa la retirada, cesando desde entonces de ser una amenaza el temible rebelde. La mayor parte de sus gentes le abandonaron, y Keirowan le cerró sus puertas. Isma'il, que le seguía de cerca, supo ganarse el afecto de las poblaciones con su afabilidad é indulgencia, y merced a su presencia de espíritu y arrojo desbarató la tentativa hecha por Abu Yezid para desquitarse con una victoria, infringiendo pérfidamente una tregua que se le acababa de conceder. No le quedó, pues, más remedio que decidirse a huir hacia el Oeste. Hasta principios de 336 (mediados de 947) continuó el temerario fanático sus intenciones para provocar nuevos desórdenes, logrando escapar de sus perseguidores; pero, al fin, fué tomado por asalto su último refugio en la montaña y herido él mismo mortalmente. Con él acabó la guerra, que había durado cuatro años. El omniada Abderrahman no dejó de aprovecharse de los apuros de su rival para enviar a su afamado caudillo Ibn Tomlos, por la vía de Gibraltar, con objeto de soliviantar a los Senata de los alrededores de Tahert; pero cuando, después de lograda la victoria, avanzó Isma'il hacia el Oeste, se apresuraron aquellos a manifestarle su sumisión, y con justicia pudo el fatimita, a su regreso a Keirowan, haciendo pública la muerte de su padre y tomando posesión oficial de la soberanía, adoptar el sobrenombre de *El-Mansur*, «el victorioso.» Ciertamente el Magreb continuaba ofreciendo tan poca seguridad como antes: los edrisitas, que hasta allí habían permanecido fieles a los fatimitas, influidos por consideraciones personales, volvieron a entenderse con Abderrahman (337 = 948-949), y los Senata de Tahert también negaron entonces su obediencia otra vez; mas el califa español pretendió obligar a los edrisitas a mayor vasallaje que al que ellos estaban dispuestos a rendirle, y por otra parte logró El Mansur ganar a su favor una subtribu de los Senata y con ella tener en jaque a sus otros compatriotas, de suerte que por este lado tampoco había ya que temer grave complicación. Hasta en la Sicilia, donde desde la represión del alzamiento general no había sido posible restablecer por completo el orden, volvió a reinar entonces, por fin, la tranquilidad; Hasan Ibn Alí, árabe de la tribu de Kelb, a quien El-Mansur había enviado allí a fines de 336 ó principios de 337 (948), desplegando extraordinario conjunto de prudencia y firmeza alcanzó muy pronto respeto y consideración, como acaso ningún otro había gozado jamás allí desde la conquista de la isla.

Bajo el mando de este hombre, que libró a los fatimitas de los cuidados que les causaba tan molesta posesión, obtuvo de hecho la Sicilia tal grado de independencia con relación a Africa, que nos permite por el pronto no volver a tratar de sus destinos ulteriores.

El califato de El-Mansur debía tener un fin prematuro: enfermó este príncipe, de resultados de un resfriado, y falleció el día 28 de Schawwal de 341 (18 de marzo de 953). En los primeros tiempos del reinado de su hijo Abu Temin Ma'add *El-Mo'is* (341-365 = 953-975), parecía que volvía a oscurecerse el horizonte hacia el Oeste, por mas que los veleidosos Senata de Tahert se manifestasen entonces adictos de nuevo a los fatimitas, no habiendo querido conformarse con cierta disposición de Abderrahman. Pero era precisamente este poderoso príncipe el que a la sazón daba señales de querer atacar el mismo asiento del califato africano. Había mandado apresar una nave de Mo'is y en ella se encontraron documentos que parecían referirse a proyectos hostiles del fatimita; y a la correría que entonces hicieron en la comarca de Almería las tripulaciones de los barcos del emir siciliano Hasan, por mandato de su soberano, contestó Abderrahman con un desembarco de igual carácter cerca de Susa (345 = 957) y al propio tiempo hizo preparativos para emprender una campaña en toda regla contra el Africa. Pero Mo'is tuvo suerte, pues precisamente entonces se vio enredado el califa de Córdoba en una guerra con los cristianos españoles, que no le permitió distraer de la península parte alguna de sus fuerzas.

No se podía presentar ocasión más favorable al califa africano para obrar en el Oeste. En el año 347 (958) púsose en marcha Schauher, liberto y jefe militar el más eminente que tuvo jamás fatimita alguno a su servicio, con un considerable ejército compuesto de gentes de Kitama y Senata, y muy especialmente de Sanhadscha, capitaneados por Siri. Este probado caudillo era uno de los más adictos al califa desde su brillante acción introduciendo socorros en la sitiada Mahdiya, y fué también el que a la sazón, después de una campaña con energía y habilidad dirigida por Schauher hasta las orillas del Océano, tomó por asalto a Fez (348 = 959), logrando así la sumisión de todo el Magreb excepto Tánger y Ceuta. Poco después falleció el omniada Abderrahman. Su no menos enérgico sucesor Hakam II no dejó de mejorar las fortificaciones de Ceuta en el año 351 (962), mas no pudo oponerse a una segunda expedición que hizo Schauher al Magreb. Duró ésta cerca de dos años (355 ó 356-357 ó 358 = 966-968), y su éxito fué tal que Mo'is pudo al fin considerarse bastante seguro por este lado para ocuparse en el proyecto de conquista del Egipto, que parecía olvidado durante los últimos treinta años.

En Egipto sucedió con Ichschid como anteriormente con Ahmed Ibn Tulun: no logró tener un sucesor digno de él. Ciertamente todo había marchado con alguna regularidad mientras vivió su liberto y representante Kafur, el cual desde la muerte de su señor, acaecida en 21 de Zul-hidscha de 334 (24 de julio de 946), supo mantener en completa dependencia a sus jóvenes hijos, acabando hasta por darse la importancia de verdadero lugarteniente; mas cuando hubo muerto éste también (357 = 968) y sido proclamado jefe del Estado por los emires un nieto de Ichschid de once años de edad, volvió a introducirse todo género de desorden en el Egipto y la Siria. El visir del impúber soberano maltrató a un judío convertido al Islam, Yakub Ibn Killis, que había desempeñado un cargo importante, y este judío buscó asilo entonces cerca de Mo'is y le instruyó de todo cuanto podía tener importancia para la campaña que se proyectaba. No habría sido necesario, seguramente, poner un general de la

talla de Schauer al frente de la cuarta y, por fin, feliz expedición contra Fostat.

Cuando en el Cairo se tuvo noticia de la aproximación de las tropas fatimitas, que habían salido de la capital africana el 14 de Rabí I de 358 (5 de febrero de 969) y llegado a Barka el 18 de Redscheb (7 de junio), las personas de mayor influencia enviaron desde luego emisarios a Schauer manifestándole que estaban dispuestas a someterse. Si bien los partidarios de los ichschididas acabaron por decidirse a la resistencia, pocas tropas les secundaron; los bereberes no necesitaron hacer grande esfuerzo el día 11 de Scha'aban (30 de junio), cerca de Gise (1), para romper las filas de sus adversarios, y el 17 de Scha'aban de 358 (6 de julio de 969) entró Schauer en la ciudad de Amr Ibn El-Así. Estableció su campamento cerca del sitio que ocupa hoy el Cairo, y a imitación del primer conquistador musulmán, mandó trazar inmediatamente una nueva ciudad como núcleo de la futura capital, que recibió el nombre de *El-Kahira*, «la ciudad de la victoria», y a la que después se solía llamar *El-Kahirat El-Mo'isiye*, «el Cairo de Mo'is». Hoy se llama *Masr El-Kahira*, y por abreviatura *Masr* (2), del nombre primitivo que acostumbraban a dar a aquellas comarcas sus vecinos semitas; Fostat subsiste todavía bajo la denominación de «el antiguo Cairo.»

Schauer, con su acostumbrada energía, prosiguió sus operaciones después de la victoria. Permaneciendo él mismo en el Cairo, mandó avanzar a la mayor parte de su ejército hacia el Norte. Al amparo de las tropas fatimitas se celebraron las santas ceremonias en la Meca durante la peregrinación del año 358 (969) y se hicieron rogativas por Mo'is, penetrando al propio tiempo el grueso del ejército, a las órdenes del caudillo kitama Scha'afar Ibn Fellah, en la Siria, donde quedaba todavía por vencer el sobrino de Ichschid, Hasan Ibn Obeidallah. Este había ya emprendido con sus tropas el camino del Egipto, y cerca de Ramla, en la Palestina, se encontraron ambos ejércitos. Hasan fué vencido y hecho prisionero; al año siguiente fué ocupada Damasco (359=969 970), donde después de algunos choques entre sus habitantes y los siempre desalentados bereberes, quedó por fin restablecida la tranquilidad a últimos de 359 (970). No parece que Scha'afar pasara mucho más allá de Damasco. Hims pertenecía entonces a la jurisdicción del hamdanida Sa'ad Ed Daula, que se veía obligado a luchar unas veces con sus emires y otras con los bizantinos, que ya ocupaban a Antioquía. No era prudente intervenir en estas enmarañadas contiendas mientras no estuviese del todo asegurada la posesión de la Siria meridional y del Egipto, y para esto faltaba todavía bastante, como muy pronto se había de echar de ver. En efecto, precisamente entonces se enemistaron los fatimitas con los que hasta allí habían sido sus aliados, los karmatas. Se recordará que desde la muerte de Abu Tahir el singular Estado de Bahrein había quedado bastante abandonado a sí mismo, ya que en aquella época (332=944) se encontraba Kaim en grave dificultad a causa de la rebelión de Abu Yezid. El consejo de regencia que se habían dado los karmatas, por carecer de caudillo delegado por los fatimitas, había podido ejercer libremente sus atribuciones hasta el momento en que Mo'is envió a Schauer a la conquista del Egipto. En caso del logro de esta expedición se tenía en inmediata proximidad, para lo que pudiera convenir, a los karmatas, cuya enérgica cooperación era muy posible que fuese necesaria por otra parte para extender la dominación fatimita a la Siria; decidió, pues, Mo'is poner otra vez un *dai*

(1) Se escribe también *Guizeh*, y es el sitio donde se encuentran las célebres pirámides.

(2) Primitivamente *Mizr* (en hebreo *Misrayim*).

a su frente, con el cual pudiera contar incondicionalmente. La organización ismaelita subsistía en todo su antiguo vigor, y podía el califa considerarse tanto más seguro de su obediencia cuanto que la orden del Mansur en el año 339 (951) mandando devolver la piedra negra a la Meca, había sido debidamente acatada. Sin embargo, el cálculo resultó fallido.

Al lado de las tendencias ismaelitas se habían desarrollado entre las gentes de Lajsa, durante los 25 años de propia y libre administración, otras que halagaban el espíritu de independencia de los árabes. Así, cuando Mo'is nombró a Sabur, nieto del primer *dai* Abu Said, caudillo de los karmatas, muchos de los demás miembros de la familia y del consejo de regencia se manifestaron contrarios a esta restauración del gobierno absoluto, logrando tener la mayoría de su parte; Sabur fué asesinado (fines de 358=969), y si bien la división que así se originó en la comunidad debilitó poco a poco el poder del karmatismo, por el momento se halló su fuerza militar, aun entera, en manos del consejo de regencia, ya manifestamente contrario a los fatimitas. No se necesitaba más que un punto cualquiera litigioso para convertir el antagonismo en declarada hostilidad, y la conquista de la Siria lo suministró. El ichschidida Hasan Ibn Obeidallah, a imitación de casi todos los emires que se hallaban dentro de los límites territoriales hasta donde alcanzaba la acción del Estado de Lajsa, había comprado la seguridad de su territorio sirio a los karmatas mediante pago de cuantioso tributo: éste cesó con la entrada de Scha'afar Ibn Fellah en la Siria. Como los tenaces árabes de Bahrein no pensaron renunciar a un ingreso tan importante, el consejo de regencia dispuso en el año 359 (970) que en la Meca se rogase por el califa abasida Motí y envió al propio tiempo una embajada al sultán buweihida Bahtyar ofreciendo ajustar una alianza contra los fatimitas. Por más que los buweihidas fuesen siitas, no se burlaban menos que los mismos aliados de la legitimidad de los derechos de Obeidallah y sus sucesores; por otra parte, Bahtyar, que ya tenía bastante que hacer con defender su dominación en el Irak contra individuos ambiciosos de su propia familia, debía considerar muy peligroso que también en la Siria, y acaso muy pronto en la misma Mesopotamia, se estableciese, en lugar de los hamdanidas e ichschididas, ya poco temibles, una nueva dinastía no menos fuerte que poco escrupulosa. De buen grado, pues, concedió a los karmatas los socorros que solicitaban en dinero y armas, y hacia fines del año 360 (971) un numeroso ejército, a las órdenes de Hasan Ibn El-A'asam, penetró por la línea del Eufrates en el territorio de Damasco. Scha'afar Ibn Fellah, ensoberbecido con sus triunfos, despreció a los salteadores del desierto, y éstos lograron destrozar por completo sus tropas el día 6 de Zulkar'ada de 360 (31 de agosto de 971). Ocuparon después la ciudad, mandaron que también allí se volviese a introducir el nombre de Motí en la oración y siguieron su marcha hacia el Sur.

El capaz Schauer había sido más precavido que su ligero teniente, y a la primera noticia que tuvo del ataque de los karmatas había enviado tropas de refuerzo a la Siria; pero no eran suficientes para oponerse al enemigo, y se encerraron en Joppe. Si bien A'asam se entretuvo algún tiempo en sitiar sin resultado a Joppe, volvió a emprender muy pronto la marcha, dejando allí tropas sitiadoras; se apoderó de la fortaleza fronteriza de Kolum (hoy Suez) y a principios de 361 (octubre-noviembre de 971) se encontraba ya a pocas millas del Cairo. Schauer, antes de atacar, se entretuvo algún tiempo procurando inteligencias con los oficiales de A'asam, entre los cuales podían hallarse ismaelitas que no

rechazarían acaso ciertas indicaciones de los fatimitas y beduinos, dispuestos a dejarse comprar por dinero sonante. Y así sucedió que después de una lucha de varios días fueron finalmente vencidos los karmatas el día 3 de Rabí I (24 de diciembre de 971), y obligados a evacuar el Egipto. Las tropas de Schauer lograron también hacer levantar el sitio de Joppe; mas no se consideró prudente esta vez avanzar de nuevo hasta Damasco y, por el contrario, el general en jefe mandó retroceder a las columnas que estaban todavía en la Palestina, cuando tuvo noticia de que A'asam no se daba por vencido con la derrota sufrida. En efecto, pronto volvieron a avanzar los karmatas hasta Ramla; mandaron a pedir refuerzos de la Arabia, y parecían querer hacer un esfuerzo supremo para desquitarse de un descalabro que, en verdad, podía fácilmente mermar su autoridad así en el exterior como en la misma Arabia. Schauer comenzó a sentirse abrumado bajo la responsabilidad que pesaba sobre él, y envió repetidos mensajes a Mo'is invitándole, con mayor instancia cada vez, a que se presentase en Egipto; paso que, según todo lo que hemos podido poner en claro acerca de la política de los fatimitas, era, por otra parte, muy conforme a los designios del califa.

Cierto que otras consideraciones hacían parecer poco oportuna semejante resolución en aquellos momentos: la marcha al Egipto del ejército, compuesto en su mayor parte de bereberes kitama, había sido la señal de nuevos alzamientos de los enemigos naturales de los fatimitas, los siempre revoltosos Senata del Magreb central (360=970-971). Pero, por fortuna, halló entonces Mo'is leales auxiliares en Siri y sus sanhadschas; y si bien este caudillo perdió la vida en uno de los muchos combates que tuvieron que darse para reprimir la rebelión (360=971), su hijo Bolukkin consiguió arrojar a los Senata de los territorios que habían ocupado hasta allí, haciéndoles pasar el Atlas en dirección a Sidschil-masa. Se apaciguó entonces todo el Oeste en el transcurso del año 361 (971-972), de tal suerte que Ceuta, ocupada siempre por tropas árabes españolas, era el único punto donde no imperaba la influencia fatimita. Los edrisitas en las inmediaciones de Tánger no tenían ya tampoco motivo alguno para resistirse a ella y acataban la superior soberanía de Mo'is. Esto les valió que dos veces cayeran sobre ellos tropas omniadas, las cuales fueron bravamente rechazadas en 362 (972-973); pero en 364 (974) lograron hacer prisioneros a los edrisitas, trasportándolos a Córdoba. Si bien estos últimos sucesos ocurrieron algunos años después, a la sazón no podía dudar Mo'is, teniendo en cuenta las lecciones de lo pasado, de que difícilmente sería posible mantener desde el Egipto en verdadera dependencia a los bereberes. Sin embargo, acudió al llamamiento que se le hacía desde el Oriente, pues que se trataba de consolidar allí el poderío del ismaelismo, que estaba amenazado, y proseguir trabajando en la destrucción del califato abasida. Restaba solo dejar el Africa occidental en manos fuertes y leales, para que jamás pudiese amagar por este lado a la nueva posesión de los fatimitas suerte igual a la que ellos mismos habían deparado a sus predecesores en Egipto. El centro de gravitación de los bereberes kitama, que en su mayor parte se habían trasladado al Cairo, se encontraba también entonces en las nuevas provincias; de las demás tribus, la de los Sanhadscha era la más poderosa, y su caudillo Bolukkin acababa de prestar, como en otro tiempo su padre, los más relevantes servicios al gobierno; Bolukkin, pues, fué el designado por Mo'is para ser su lugarteniente. Entrególe, por el pronto, las comarcas del Magreb hasta la pequeña Sirte, y después, en 367 (977-978), cuando los fatimitas hubieron de intervenir cada vez más en las complicaciones sirias, se añadió a estos territorios

el de Trípoli. En el Africa como en la Sicilia, la dignidad del lugarteniente pasaba de padre a hijo, sin que en el Cairo se exigiese, por lo general, otra cosa más que el reconocimiento formal de la relación de vasallaje. Así empieza con Bolukkin la primera dinastía berberisca de los siridas, de cuya historia trataremos en la última parte de esta obra.

El día 22 de Zul-hidscha de 361 (4 de octubre de 972) dió el califa posesión de su elevado cargo a Bolukkin; el 10 de Rabí I de 362 (19 de diciembre de 972) salió de Kabis (Gabs), la última ciudad importante de la provincia africana; el 22 ó 25 de Scha'aban (29-31 de mayo de 973) llegó a Alejandría; el 2 de Ramadan (6 de junio) a Gise, y el 5 (9) del mismo mes (1) hizo su solemne entrada en «el Cairo de Mo'is.» Podía estar satisfecho de las obras de Schauer en la nueva ciudad. Además de los edificios necesarios para el ejército y las autoridades, se había dado principio a la construcción de una gran mezquita, que con el nombre de El-Asjar, «la espléndida,» aun hoy constituye una de las preciosidades del Islam, por más que la sencillez de su estructura no ofrezca nada de notable; pues el destino que le dió en el año 378 (988-989) El-Azis, sucesor de Mo'is, de lugar de enseñanza para sacerdotes y juristas, lo conserva aun hoy día, y dada la gran autoridad de que gozan los sabios del Cairo en el Oriente mahometano, es hoy, como lo fué en otro tiempo, uno de los centros principales de la cultura islámica. Naturalmente, fué dedicada entonces, lo mismo que la mezquita tulunida en Fostat desde que se posesionó de ella Schauer el día 15 de Rabí II de 359 (25 de febrero de 970) al culto del rito siita, que, como se puede suponer, se introdujo en el Egipto con carácter de religión del Estado, como se había hecho antes en el Africa occidental. No quiere decir esto que fuera prohibido profesar creencias sunnitas, —siempre que se hiciera reservadamente y sin ofender los sentimientos religiosos de los personajes elevados,—pero no dejaban de ser mal mirados por oficiales y empleados, y particularmente por los bereberes, los adeptos de la antigua ortodoxia.

Pocos progresos hizo, sin embargo, el siitismo en aquel país esencialmente sunnita, y aunque el Egipto estuvo más de doscientos años bajo la dominación fatimita, el número de los siitas en el Cairo es hoy tan insignificante como lo era antes de la llegada de Schauer. Si, pues, el nuevo régimen era antipático al pueblo por motivos religiosos, por otra parte fué considerado también como exótico a causa del papel preponderante que en él representaban los bereberes. Pero los habitantes del Egipto no eran descontentadizos: la suerte de los coptos era siempre la misma bajo todas las dominaciones, y se daban éstos por satisfechos mientras les fuera permitido continuar sus faenas, a lo menos sin tener que temer por sus personas. Tras las eternas guerras civiles entre los emires y la soldadesca turca anhelaban la tranquilidad, y fuera de algunas peleas con siitas demasiado fervientes, no daban señales de querer rebelarse mientras se les dejase en paz atender a su trabajo. En cambio, eran muy pocos los que tenían condiciones ó voluntad para servir en los ejércitos del califa. Beduinos apenas había entonces, como no los hay tampoco al presente, fuera de los desiertos pedregosos entre el Nilo y el mar Rojo, y, por lo general, el gobierno no tenía para qué tomarlos en cuenta, dado su inaccesible apartamiento. No es, pues, de extrañar que bajo la dominación fatimita aquel país fértil é industrial prosperara con rapidez, como durante el corto reinado de Ibn Tulun, y que a pesar de su extensión, relativamente corta,

(1) Según otras versiones, el 7 ó 8 de Ramadan (11 ó 12 de junio).